

Homilía de XXVIII Domingo del tiempo
ordinario

Año litúrgico 2016 - 2017 - (Ciclo A)

“Tengo preparado el
banquete”

Pautas para la homilía

Si la comida es necesaria para vivir, no lo es menos *paracelebrar* los acontecimientos importantes de la vida. ¿Quién no ha asistido a un banquete de boda, comida de cumpleaños, cena de gala...? Y todo ello ¿no conlleva alegría? El refranero español apunta esa alegría “*No hay boda sin canto, ni*”. Evidente. Eso es lo que celebramos este domingo: el **Banquete de la Alegría y la Libertad**.

Por si no había quedado suficientemente claro –véase el evangelio del domingo pasado- la alusión a las fuerzas “religiosas y a los senadores de Israel”, con la comparación de la viña y el trato a los criados, Cristo lo plantea hoy desde el banquete del **REINO**, reforzado por la lectura de Isaías.

El rey que invita al banquete, es un tanto especial. Solo recuerda **invita formalmente** a los principales y amigos, y ante la negativa de todos ellos, -cada cual tenía sus quehaceres- en lugar de no seguir el rey adelante con el festín, -podía haberlo suprimido, que sería lo más normal- lo que hace es invitar de manera **informal** a los que estén en y por los caminos. Es un anfitrión que se sale de la norma: no suprime el banquete sino que invita informal e indiscriminadamente a todos. Era un rey que no guardaba ni normas ni convencionalismos sociales del momento. Pasa de lo *políticamente correcto* a lo *ridículamente correcto*.

Al escuchar la parábola de Mateo, el oyente tiene que tomar posición. Por el *cumplimiento* de las leyes de la iglesia ¿tengo derecho a la invitación real? No necesariamente. Y si tengo derecho a la invitación, ¿puedo rechazarla? Claro que sí. La condición necesaria para aceptarla es desde la libertad y por amor al reino.

Ante el rechazo invitatorio el rey rompe con las normas, y es tal el valor del banquete, que envía a los criados a la encrucijada de los caminos. En el seguimiento de Cristo, siempre y sin saber cuando, aparece el cruce de caminos, ante los que no hay más remedio que optar, bien por entrar al banquete de la VIDA y compartir socialmente el alimento que en él se da, bien rechazando la invitación.

El traje de fiesta, es la *invitación al banquete*, el regalo del Señor. Si se deja en casa, cuando el rey se pasee entre los comensales (*comensalidad*) a reparar sus necesidades, la falta de invitación conlleva la exclusión del banquete.

Habría que ver a Jesús con los suyos disfrutando alegremente en las bodas de Galilea, del *festín de manjares suculentos y vinos de solera manjares enjundiosos, vinos generosos*”. Pasó de la comparación del trabajo en la viña a la alegría del banquete de la libertad.

Dios no se da por vencido en su generosidad, por eso abre las puertas del banquete a la humanidad, aun contando con desplantes de los primeros invitados, y descuido de los segundos, que no saben valorar la grandeza de la invitación.

La parábola concluye con un proverbio: *"Muchos son los llamados y pocos los escogidos"* Los llamados responden anteponiendo sus intereses, ignorando y rechazando, incluso violentamente, la invitación, quizá por considerarla menos importante que sus propios intereses. Los escogidos, invitados harapientos y andrajosos, también, si no llevaban con dignidad su vocación. La invitación de Dios al Banquete del Reino de su Hijo obliga a poner en acto las aptitudes de los invitados.

La solidaridad, uno de los actos, está presente en la segunda lectura, la de Pablo a los Filipenses. La solidaridad se concreta en pasar de invitados a invitantes; de ser cristianos anunciadores, criados, y siervos de tal Rey, a salir a las encrucijadas para animar a quienes, con el traje de boda, deseen entrar a formar parte de la *comensalidad divina*, sintiendo la mirada de Dios, su voz, su cariño y su salvación: ser misioneros en el mundo.

En la encrucijada de los caminos de la vida, el verdadero seguidor de Cristo sigue la dirección del *Banquete del Reino*, dejando a un lado la de la *indiferencia*, el *individualismo* y la *división*, y así vivir para gustar la comunidad eclesial que es *vino generoso y manjar enjundioso*.

¿Hemos **perdido** la invitación del Señor, o la hemos **roto**? ¿Cuál es la **dirección** que hemos tomado en nuestro caminar? ¿Quizá el indicador de la encrucijada que apunta al **bienestar**? ¿Estamos acostumbrados a vivir sin tener en el horizonte de la vida la **visión del Reino**? Acomodados confortablemente en nuestro camino ¿**vemos** en el arcén **al otro**, para animarlo y acompañarlo? En definitiva, ¿cómo construimos el Reino de Dios en el mundo?

Ahí quedan las preguntas.



Fr. Carlos Recas Mora O.P.
Convento del Santísimo Rosario (Madrid)